

# S U I C I D I O   E X T R A Ñ O

Este azote moderno, el ruido, ¿logrará al fin exterminar la humanidad o modificará ésta su aparato auditivo hasta el punto de que sea insensible a toda manifestación ruidosa? He ahí el dilema que el tiempo se encargará de dilucidar. Pero entretanto, el mundo padece y yo poseo en secreto el testimonio verídico de un suicidio ocurrido recientemente en esta comarca. En circunstancias extrañas, claro está, para los que aun creen en la posibilidad de descubrir una nueva modalidad en las múltiples formas del suicidio, pero de una lógica aplastante a nada que se estudien los antecedentes del suceso.

Yo no he querido dar hasta ahora cuenta a las autoridades judiciales, por lo que al final explicaré. Lo singular del caso es que el suicida era vecino de Rentería y nadie se percató de su desaparición.

Aquel caballero de la triste figura era un hombre culto, simpático, amable, irónico y ocurrente en sus narraciones. Enjuto de carnes, casi frágil y venerable por su ancianidad, amaba con singular pasión la música, la armonía, y sin duda por eso sentía un odio concentrado hacia el bombo y las chindatas. Transitaba por las calles con paso leve. Había pensado llegar hasta la supresión de los tacones para poder deslizarse más sigilosamente, pero le era imposible sustraerse a aquel estrépito de esta pequeña urbe. El hubiera querido vivir en un ambiente de paz y sosiego, que nada ni nadie turbara la tranquilidad de su espíritu, pero el progreso, irreconciliable enemigo de toda placidez, se empeñaba más y más en torturarlo, en atormentarle con sus mil horribles ruidos.

El fragoroso carraspeo de los innumerables altavoces y el rechinar de los rodámenes de tranvías, le hacían apretujar la quijada en una crispación de nervios. Sin dar tiempo al más ligero alivio, venían inmediatamente los autocares de servicio con las detonaciones del escape libre, obligándole a desear a sí mismo la muerte fulminante. Otras veces, ese humor estrepitoso y de mal gusto que preside las fiestas callejeras con sus imprescindibles cohetes, bombas, risas... pum, y el obligado numerito amenizador de la charanga del perinquito Camacho, le exasperaban más aún, pero cuando llegaba al colmo su indignación, era en aquel trágico momento en que los serenos, para anunciar el cierre de los establecimientos y demostrar la majestad de su autoridad, usaban de sus sendas porras batiendo las puertas y ventanas con un pum-pum-pum, que más semejaba el comienzo de la guerra europea que el prevenir el cumplimiento de una obligación. Eso no había quien pudiera resistir y menos en el solemne instante en que se ventilaba la suerte de un órdago a la grande.

Así, desesperado, febril, enfermo, y rememorando aquello de Fray Luis de León:

Oh campo, oh monte, oh río,  
Oh secreto seguro deleitoso,  
Roto casi el navío  
A vuestro almó reposo,  
Huyo de aqueste mar tempetuoso,

resolvió ausentarse definitivamente de este pueblo tan alborotador.

Un montón de libros selectos y una sola baraja fueron todo su bagaje. Aquellos para amenizar los momentos de la soledad campestre. Esta para hacer más *solitarios*.

Ya pensaba que había resuelto todo, pero ¡oh

decepción! La recóndita aldea elegida para su liberación, no era lo que su imaginación le había hecho figurar.

No tardó veinticuatro horas en convencerse de que su mal era fatalmente irremediable.

Aquel entusiasmo que había puesto en los preparativos de su desplazamiento y el cuidado que tuvo en elegir un caserío, sito en Jaizquibel, en la vertiente que da al mar, de nada le sirvieron. El había soñado con estrenar su nueva mansión un día riente, esplendoroso, pero la pura casualidad, o mejor la mala costumbre climatérica de este país, quiso que le cupiera en turno un día cargado de nubes pardas, triston, presagiando aguaceros.

Cansino y resoplando llegó al caserío a la hora en que todo estaba recogido. Ni el más leve rumor. Así da gusto — empezó a musitar — y se acostó. Pero... ¿qué era aquello? ¿Qué música extraña e infernal era la producida por aquel quejumbroso colchón? Habrá que habituarse — se dijo — o procuraré una inmovilidad absoluta. Consolado con este mágico descubrimiento, intentó conciliar el sueño. Imposible. Había empezado a llover y en el interior de su habitación surgió una gotera pertinaz, rítmica. La echeoandre, que conocía perfectamente la trayectoria de aquel truncado hilillo acuático, había puesto un barreño con cabida suficiente para contener toda aquella amargura de nuestro protagonista. Tan, tan, tan, tam... ¿Se habrá vuelto loco el reloj o querrá devorar de una vez todas las horas que lleva en el buche? En vano pretendió inyectar ánimo a su cada vez más deprimido espíritu porque, importuno, un gallo fanfarrrón, estremeció el aire con un quiquiriquí de inflexiones estridentes y poco después, una clueca, con sus chitos, bailaban un rigodón alrededor de la casa y las vacas mugían, como vaciándose y fueran a anunciar el juicio final.

Nada, de hoy no pasa, exclamó enérgico. Compraré un revólver y haré dos agujeritos en la tapa de mis sesos. Pero bruscamente se contuvo frenado por la siguiente reflexión: Yo que he sido ya roto, aniquilado por este ruido que me envuelve, consentiré morir sintiendo de antemano la detonación del pistoletazo? No; y en un impulso irresistible abandonó temprano aquella fatídica estancia en la que tantas esperanzas de redención había cifrado, y alejándose no mucho, buscó y halló lugar y postura para poner fin a sus muchas tribulaciones. El trepar por un árbol y colgarse, no le sedujo. Eso era una vulgaridad. Miles y miles habían hecho lo mismo antes que él. El quería dejar a la posteridad un hito nuevo en los anales del suicidio y lo consiguió, porque al poco tiempo apareció en los periódicos esta breve reseña:

«En las inmediaciones del caserío Errotabe ha sido hallado el cadáver de un hombre, muerto al parecer por asfixia, porque aparecía con los oídos taponados, con los pies atados y la cabeza envuelta en un amasijo de ropas, teniendo en una mano una baraja completa y en la otra un tomo de «Sin novedad en el frente».

Al que me diga que este relato no es verídico responderé que yo admito todas las objeciones, menos la de afirmar que no puede existir la posibilidad de que haya ocurrido. Y si he demorado la publicación de este suceso, ha sido por no verme traído y llevado por la prensa y por dedicar este SILENCIO como homenaje al infortunado amigo, víctima del RUIDO.

*Barbuela*